

Esperanza y soberanía

Laura Inés Gómez Conde ⇄



Esta fecha, 28 de junio de 2009, genera sentimientos ambivalentes en la hondureñidad. Por un lado, será de triste recordación, pues la separación de alguna parte del cuerpo siempre será sinónima de dolor y consternación.

Por otra parte, un manto de alivio ha caído sobre todos nosotros, que en los últimos días vivimos en un estado de tensión incertidumbre, por los acontecimientos que se venían desarrollando.

Sin embargo, es necesario considerar a esta como una experiencia invaluable. Experiencia que nos permitirá, tanto a políticos como a la sociedad civil en general, aprender de nuestros errores, y, de hecho, aprendimos muchas cosas.

Aprendimos el valor de conocer nuestra Constitución, así como los derechos y obligaciones que de ella emanan aprendimos, que las leyes se han hecho para ser respetadas por todos y todas sin excepción alguna aprendimos, que nadie puede estar por encima de la ley aprendimos, cuán largo puede ser el brazo de la ley aprendimos, que en las elecciones no es suficiente votar, es imperioso saber elegir

Esperamos, asimismo, que tanto gobernantes como gobernados, hayamos aprendidos que debemos revisar nuestra conducta y actitud.

La asunción del flamante primer mandatario don Roberto Micheletti Baín y las inflamadas palabras vertidas en su primer discurso al asumir el cargo, nos ofrecen una luz de esperanza, especialmente en lo atinente a una unidad nacional.

Tengamos presente que en Honduras, como en cualquier país del mundo, todos y todas somos necesarios. Sin obreros y empleados no funcionarían las empresas; así como, esos obreros y empleados no tendrían fuentes de trabajo, de no existir empresarios arriesgando un capital. ¿De qué vivirían los maestros sin alumnos? ¿Cómo aprenderían los niños y jóvenes sin maestros? Así podríamos enlistar indefinidamente la necesidad que tenemos unos de otros.

El pueblo está conformado por el conglomerado de hombres y mujeres. Ricos y pobres; jóvenes y no tan jóvenes; indios, afroamericanos y caucásicos; cultos e iletrados; civiles y militares; religiosos y laicos; colorados, verdes, azules o de cualquier otro color ¡Todos somos Honduras!

Lamentablemente, en el contexto del evento que nos ocupa, la opinión internacional, definitivamente desinformada, se ha inclinado en contra de las decisiones legales tomadas por las autoridades hondureñas.

Del mismo modo, es sumamente grave que otros países, en la voz de sus mandatarios, viertan dicterios y amenazas sobre las autoridades y el mismo pueblo de nuestro Estado, a todas luces soberano, tal como reza en la Constitución vigente.

Seguramente, algunos integrantes de la comunidad internacional, por el desconocimiento de nuestra legislación y frente a los informes que tergiversan maliciosamente la realidad, se encuentran confundidos.

Pero existen otros miembros de dicha comunidad, que ante los sucesos acaecidos en nuestro país, sienten que se les mueve el piso y defienden a ultranza lo indefendible.

Tal vez Honduras no sea un modelo de desarrollo y equidad. Pareciera que su pueblo está dividido. Seguramente, tenemos mucho que aprender; pero hay algo que el mundo debe tener claro; el pueblo de este pequeño Estado, modesto, eminentemente democrático, amante de todas las libertades y proverbialmente pacífico, puede convertirse en una apretada piña y tiene subyacente el valor de una fiera implacable, cuando de defender su soberanía se trata.

-Hasta la próxima.